

Cuenca, honra a Camilo J. Cela en el aniversario de "Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo"

Hace cincuenta años –contamos con generosidad– el Nobel de 1989 viajó por primera vez a la ciudad de las Casas Colgadas. Y la ciudad se ha puesto en pie para recordarlo. Con este motivo del homenaje, Cuenca y la Academia Conquense han reunido al insigne Camilo J. Cela, otorgándole la medalla de Cuenca, Patrimonio de la Humanidad, y el nombramiento de Académico de Honor de la Academia Conquense. He aquí el relato de su remota visita.

Hablo de un Camilo J. Cela humilde, de aquel vagabundo que pone a prueba a la vez las botas de siete leguas y la aventura del estilo. Y quiero referirme sobre todo, al peregrino errabundo que antes de entrometerse en los mesones y en las cocinas de la Alcarria se echó al camino a lo que saliera. Porque en estos días se cumplen cincuenta años de aquella singladura feliz, modesta en comparación con lo que habría de venir –“Viaje a la Alcarria”, “Primer viaje andaluz”, “Del Miño al Bidasoa”, “Viaje por el Pirineo Navarro”, “Nuevo viaje a la Alcarria”–, pero que tiene la virtud de ser la primera escapada. Y, sobre todo, de constituir su primer viaje a las tierras de Cuenca. En 1944, la editorial Noguer, que había acogido la segunda edición de “La familia de Pascual Duarte”, publicó la primicia de un género narrativo: “Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes”.

No espero que ante el dato se movilicen todas las plumas del país, como se hizo con los aniversarios de otros textos celianos, aunque tampoco es cosa de echarlo en saco roto. La médula de la prosa de Cela subyace en este libro con resultados más que espléndidos, siquiera parciales –y decimos tal cosa para no desautorizar a algún crítico querido, como Nora, por ejemplo– por lo que tenían de una apertura a nuevos horizontes, tras la “pesadilla” de Pascual Duarte. Cela mismo, a confe-

sión de parte, ya señaló los límites de este libro, aunque en sus palabras no atisbamos sino una retranca considerable. Precisamente en la “Nota sobre la herramienta literaria”, pórtico para sucesivas ediciones del “Nuevo Lazarillo”, fechada en Palma de Mallorca, de agosto de 1960, dejaba claro que en el libro quiso ensayar su madurez en el oficio de escritor.

«En los años en que escribí –decía el insigne premio Nobel de 1989– estos nuevos lances de Lázaro, estos lances, ni viejos siquiera del nuevo Lázaro fue cuando me planteé con plena conciencia de lo que intentaba mi propósito de conseguir un castellano de raíz popular, que apoyándose en la lengua hablada y no en la escrita, pudiera servir de herramienta a mis fines”. Más claro, el agua. Y Camilo J. Cela no tiene nunca pelos en la lengua. Por lo que, si es innecesario hacer de este libro una reivindicación en toda regla, tampoco es ocioso ir extrayéndolo de un purgatorio literario donde se le hace padecer confinamiento. En absoluto se trata de un “pastiche” en asunto y tratamiento de la anónima joya del siglo de Oro.

Siempre me pareció un libro tan puro que, incluso en algunas aparentes debilidades, mantiene esa frescura trabajada en los obradores de los orfebres castellanos. Porque se trata de un texto sagrado, con el que Camilo vino a confundir a los doctores de la literatura que de un lado le zurraban la badana por las notas tremendistas de “La familia de Pascual Duarte”, o le decían “No es eso, no es eso” ante las sedicentes deshiccencias de “Pabellón de reposo”. O le reclamaban lisa y llanamente que se metiera de hoz y coz en más reales escenarios en tablados ibéricos.

Pues ni lo uno ni lo otro. Sino que el viajero hasta entonces escondido, fiel a su ley personalísima, tiró por el sendero de enmedio,